

# BREVE HISTORIA DE LOS INDIOS NORTEAMERICANOS



# **BREVE HISTORIA DE LOS INDIOS NORTEAMERICANOS**

Gregorio Doval



**Colección:** Breve Historia  
www.brevehistoria.com

**Título:** Breve Historia de los indios norteamericanos  
**Autor:** © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez  
**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Universo Cultura y Ocio

**Diseño del interior de la colección:** JLTV

**Maquetación:** Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN-13:** 978-84-9763-586-8

# ÍNDICE

## **Capítulo 1:**

<b>EL INDIO NORTEAMERICANO .....</b>	<b>11</b>
LOS PRIMEROS NORTEAMERICANOS .....	11
UN MOSAICO ÉTNICO Y CULTURAL .....	15
LA VIDA COTIDIANA DE LOS INDIOS .....	31
CREENCIAS Y CULTURA INDIAS.....	51

## **Capítulo2:**

<b>LA LLEGADA DEL HOMBRE BLANCO .....</b>	<b>61</b>
LOS PRIMEROS CONTACTOS .....	61
Primeros visitantes conocidos: los vikingos ....	63
España y las demás potencias coloniales toman posiciones .....	67
El comienzo de la hegemonía británica .....	82
La formación del imperio colonial francés.....	88
DE LA CURIOSIDAD Y LA ARMONÍA AL CONFLICTO.....	94

### **Capítulo 3:**

<b>LAS GUERRAS COLONIALES</b> .....	99
MUCHOS CONFLICTOS Y ALGUNAS GUERRAS.....	99
La historia de Rebecca Rolfe, más conocida como Pocahontas .....	103
El jefe Hiawatha y la Liga de los Iroqueses .....	113
LA RIVALIDAD COLONIAL FRANCO-BRITÁNICA .....	115
ESPAÑA Y NORTEAMÉRICA EN EL SIGLO XVIII .....	122
LOS INDIOS, PEONES EN UN JUEGO ESTRATÉGICO .....	127

### **Capítulo 4:**

#### **EL CONFLICTO INDIO EN**

<b>EL MEDIO OESTE</b> .....	135
LOS INDIOS Y LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESTADOUNIDENSE .....	135
Joseph Brant, un iroqués educado a la inglesa .....	140
DOS INTENTOS DE SUPERVIVENCIA INDIA.....	143
El sueño de Tecumseh .....	143
Sequoyah y el intento de integración cheroqui...	150
LA ERA DE LOS TRASLADOS FORZOSOS .....	152
La Guerra de Halcón Negro .....	159
Osceola y las Guerras Seminolas .....	162
El Sendero de Lágrimas cheroqui .....	166

### **Capítulo 5:**

#### **EL CONFLICTO INDIO LLEGA AL OESTE ...**

LA VERTIGINOSA EXPANSIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS .....	173
LA SOLUCIÓN AL PROBLEMA INDIO .....	177
La maldición de Tecumseh .....	183

GUERRAS EN LA COSTA OESTE, MESETA Y GRAN CUENCA .....	186
El jefe Joseph y los nez percés .....	192
Washakie y los indios de la Gran Cuenca .....	200
El Capitán Jack y los modocs.....	208

### **Capítulo 6:**

<b>LAS “GUERRAS INDIAS” .....</b>	<b>213</b>
LA GUERRA LLEGA A LAS PRADERAS .....	213
GUERRAS EN EL SUDOESTE.....	217
La Larga Marcha de los navajos .....	217
La guerra llega a Texas.....	220
Quanah Parker, el último jefe comanche .....	224
El jefe Satanta y el destino de los kiowas .....	231
Las guerrillas apaches de Mangas Coloradas y Cochise .....	235
Lozen, la mejor guerrera chiricahua .....	245
GUERRAS EN LAS GRANDES LLANURAS .....	247
Los cheyenes de Olla Negra.....	250
La Guerra de Nube Roja .....	254
El Tratado de Medicine Lodge .....	256
Matanza de pies negros en el río Marías .....	268

### **Capítulo 7:**

<b>DE LITTLE BIG HORN A WOUNDED KNEE ....</b>	<b>271</b>
LA FASE FINAL DE LA RESISTENCIA SIUX.....	271
La Guerra de las Colinas Negras.....	272
La batalla de Little Big Horn .....	278
Los errores de Custer .....	284
Una amarga victoria india .....	288
Caballo Loco, un genio militar indio .....	290
LOS ÚLTIMOS REBELDES .....	294

El liderazgo de Toro Sentado.....	294
Gerónimo, el último apache renegado .....	297
Wovoka y la Danza de los Espíritus.....	304
La Masacre de Wounded Knee.....	309

## **Capítulo 8:**

<b>PRESENTE Y FUTURO .....</b>	<b>313</b>
¿GENOCIDIO INDIO?.....	313
El exterminio estratégico de los búfalos .....	318
Intento de asesinato de una cultura .....	324
EL SISTEMA DE RESERVAS Y EL SIGLO XX.....	328
LA SITUACIÓN ACTUAL .....	338
UN EPITAFIO Y UN RECORDATORIO .....	341
<b>Bibliografía.....</b>	<b>345</b>

# 1

## EL INDIO NORTEAMERICANO

Para nosotros, las grandes llanuras abiertas, las hermosas colinas onduladas y los ríos serpenteantes y de curso enmarañado, no eran salvajes. Solo para el hombre blanco era salvaje la naturaleza, y solo para él estaba la tierra infestada de animales salvajes y gentes bárbaras. Para nosotros era dócil. La tierra era generosa y estábamos rodeados de las bendiciones del Gran Misterio. Para nosotros no fue salvaje hasta que llegó el hombre velludo del este y, con brutal frenesí, amontonó injusticias sobre nosotros y las familias que amábamos. Cuando los mismos animales del bosque empezaron a huir de su proximidad, entonces empezó para nosotros el Salvaje Oeste.

Hinmaton Yalaktit (1840-1904),  
Jefe Joseph, de la banda wallowa de los nez percés (1879).

### LOS PRIMEROS NORTEAMERICANOS

Antes de la llegada del hombre blanco, un heterogéneo conglomerado de más de 500 pueblos distintos habitaba Norteamérica. Todos ellos estaban emparentados entre sí por lazos ancestrales que, en la mayoría de los casos, yacían soterrados desde hacía tanto tiempo en el pasado olvidado y remoto que una tribu apenas veía en otra algo más que una potencial competidora. Esa poliédrica civilización se extendía de océano a océano, rica y, a la vez, diversa en formas y estilos de vida, en culturas, creencias y tradiciones. En ninguno de los casos, la vida era fácil o idílica. Todas aquellas tribus

luchaban, cada cual a su modo, contra la naturaleza, sus caprichos y sus estaciones climáticas, contra los animales y, frecuentemente, unos contra otros. Luchaban, a veces encarnizadamente, pero, salvo contadísimas ocasiones, no se destruían unas a otras. Para eso tuvo que llegar el hombre blanco y sus codicias.

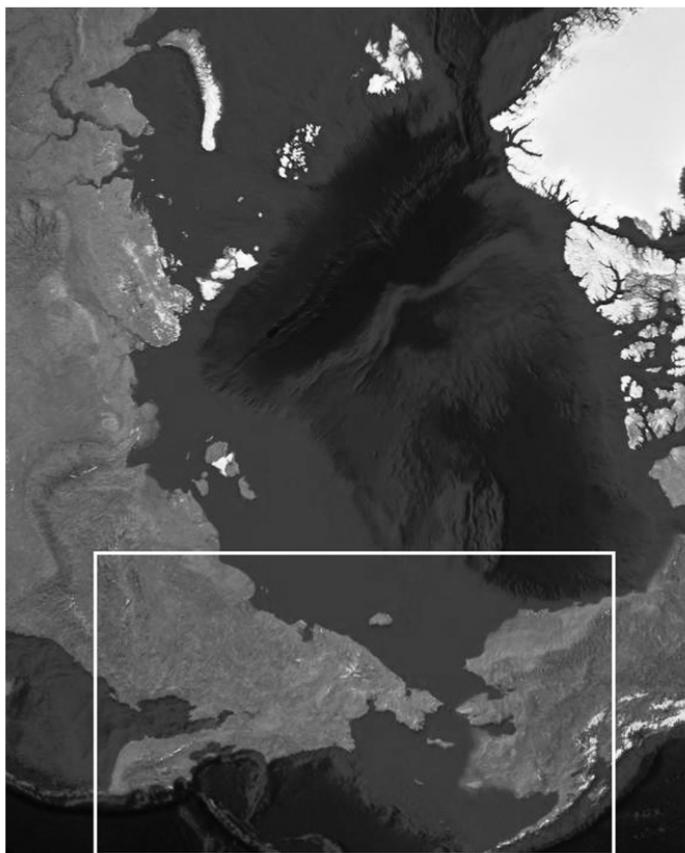
Unos, nómadas, cazaban y buscaban forraje, y desarrollaron sociedades belicosas de grandes guerreros. Otros, ya asentados, se dedicaban a la agricultura y construían montículos para sus dioses y sus difuntos. Unos y otros vivían en cuevas, chozas, tipis, cabañas de madera e, incluso, en estructuras de bloques de hielo, armaban embarcaciones, se interrelacionaban y desarrollaban culturas más sofisticadas de lo que se suele creer, aunque no tanto como en otras partes del continente.

Durante muchos años, se pensó que su llegada había ocurrido una única vez en la historia y que ello habría acontecido durante la última glaciación, hace aproximadamente unos 12.000 años. Pero eso no explica los restos de asentamientos humanos anteriores a esa fecha que se han encontrado en distintas partes de América, sobre todo en Sudamérica. No es probable que los yacimientos más antiguos del norte estén aún por descubrir. Como, además, algunos estudios han detectado diferencias genéticas entre los paleoindios sudamericanos y norteamericanos, algunos investigadores creen en un poblamiento autónomo de Sudamérica, no directamente relacionado con el de Norteamérica. Otras teorías, menos sustentadas, hablan de pueblos polinesios atravesando el océano Pacífico, o de aborígenes australianos entrando por la Antártida o, incluso, de incursiones europeas a través de las aguas circunstancialmente semiheladas del Atlántico... Hoy lo que parece más probable es que el poblamiento americano se realizara en varias oleadas sucesivas y por grupos humanos diferentes.

Sea como fuere, el poblamiento humano de América es una cuestión arduamente discutida por los científicos modernos, pero también lo fue por los antiguos. Desde 1492 se intentaron buscar explicaciones para el origen de esos seres con los que los europeos blancos se iban encontrando en sus exploraciones por América. Las primeras tesis fueron, cómo no, de índole religiosa: los pobladores de América eran, ni más ni menos, que los descendientes de las bíblicas Tribus Perdidas de Israel.

De momento, lo plenamente probado es que durante la última glaciación, la concentración de hielo en inmensas placas continentales hizo descender el nivel de los océanos. Este descenso hizo que en varios puntos del planeta se crearan conexiones terrestres entre regiones previa y posteriormente aisladas, como, por ejemplo, Australia y Tasmania con Nueva Guinea; Filipinas e Indonesia; Japón y Corea, y, por lo que aquí más nos interesa, entre los extremos septentrionales de Asia y América. Debido a que el estrecho de Bering, que separa ambos continentes, tiene una profundidad que oscila entre 30 y 50 metros, el descenso de las aguas dejó al descubierto un amplio puente de tierra, conocido por los prehistoriadores como Puente de Beringia, de 1.500 kilómetros de anchura, que unió las tierras de Siberia y Alaska hace aproximadamente 40.000 años y que permitió el tránsito de seres humanos entre uno y otro continente durante, al menos, 19.000 años.

Aquellos emigrantes asiáticos (seguramente siberianos, aunque también pudieron ser mongoles) continuaron camino enseguida hacia el sur, en un larguísimo y lento desplazamiento que, en esta primera etapa, les llevó desde Alaska y Canadá a las estribaciones del enorme y desaparecido glaciar Wisconsin, a lo largo de la vertiente oriental de las montañas Rocosas. Una vez fuera del glaciar, un ala de la migración se



Según todos los indicios, los primeros norteamericanos llegaron de Asia. Durante la última glaciación, la concentración de hielo en inmensas placas continentales hizo descender el nivel de los océanos, lo que dejó al descubierto un amplio puente de tierra, conocido como Puente de Beringia, de 1.500 kilómetros de anchura, que unió las tierras de Siberia y Alaska hace aproximadamente 40.000 años y que permitió el tránsito de seres humanos entre uno y otro continente durante, al menos, 19.000 años.

separó y se fue hacia el Este; después se subdividió de nuevo. Unos se encaminaron hacia los exuberantes bosques del Nordeste, mientras que los otros se dirigían hacia el Sudeste, para establecerse en la vasta región que se extiende entre la ribera oriental del río Mississippi y la península de Florida. Mientras tanto, la rama principal del éxodo continuó camino hacia el sur, dejando atrás colonias en las Grandes Llanuras, a ambos lados de las montañas Rocosas, en la Meseta y en la Gran Cuenca. Cuando la ola principal llegó a lo que hoy es Texas, todavía se desgajaron nuevos grupos, que se dirigieron hacia el Oeste, para establecerse en los desiertos del Sudoeste o avanzar hasta el sur de California. Con el tiempo, cruzaron también el río Grande y continuaron, a paso histórico, su marcha civilizadora hacia el sur.

## UN MOSAICO ÉTNICO-CULTURAL

Mucho antes de la llegada de los europeos, los nativos norteamericanos desarrollaron ricas y variadas culturas, tan diversas como las de cualquier otro continente. Cada grupo adoptó su propio estilo de vida acomodado a los recursos y a las demandas de su medio ambiente. Por ejemplo, cada uno desarrolló solo las herramientas, utensilios y armas más idóneos para sus trabajos agrícolas o sus esfuerzos cinegéticos. Cada cual construyó sus viviendas con los materiales asequibles en su zona y eligió diseños lo más adecuados posible a los requerimientos del clima en que vivían. Cada cultura tenía, por supuesto, su propio lenguaje, su propio estilo artístico, sus propias tradiciones orales, sus propias creencias y su propia organización socio-política. Dada esa tremenda diversidad, es muy difícil generalizar acerca de estos nativos norteamericanos. Cada cultura tenía su propia identidad y, aunque

muchas estaban relacionadas entre sí, no había dos exactamente iguales. No obstante, sí es posible hallar algunos rasgos comunes. Por ejemplo, su profunda relación, casi simbiótica, con la naturaleza; sus fuertes ligazones con la tierra que pisaban; la percepción de una interrelación profunda entre lo natural y lo supranatural, como un todo indivisible, así como entre la espiritualidad y la salud; la concepción de la expresión artística como una actividad más de la vida cotidiana, sin sublimarla ni abstraerla; y un reforzado sistema de tradición oral que daba cohesión y raíces al grupo.

En todo caso, aunque algunas de estas culturas alcanzaron un respetable grado de desarrollo, jamás constituyeron civilizaciones tan brillantes como las del otro lado del río Grande. No poseían sistema alguno de escritura ni se organizaron en estados. La ganadería tampoco estaba muy desarrollada y ninguna de sus ciudades rozó siquiera el esplendor de las mayas, aztecas o incas.

A efectos de análisis, se suelen distinguir diez áreas culturales nativas norteamericanas: Ártico, Subártico, Bosques del Nordeste, Sudeste, Sudoeste, California, Costa Noroeste del Pacífico, Meseta, Gran Cuenca y Llanuras Centrales.

En las gélidas tierras de las zonas subártica y ártica, la agricultura se hace imposible ya que los veranos son muy cortos y la supervivencia está necesariamente ligada a la caza (renos, alces y focas) y a la pesca (en las zonas más árticas, incluso de ballenas). Sus pobladores indígenas pertenecían a tribus nómadas (dados los pocos recursos, muy reducidos) que vivían en casas circulares redondas construidas por debajo del nivel del suelo, recubiertas de piel y hierba, en la zona oeste, y en tiendas con estructuras de madera y huesos de ballena y recubrimientos de pieles, conocidas como wigwams, en el este, además de las de bloques de hielo o iglús, del extremo norte.

La zona ártica se habitó después del 2000 aC, tras el deshielo, y sus tribus idearon ingeniosas formas de supervivencia. En Alaska, los esquimales (inuit) y los yupiks desarrollaron una ingeniosa tecnología para afrontar la dureza del clima y la escasez de recursos. Hacia el año 1000 varios grupos de esquimales de Alaska emigraron a través de Canadá hacia Groenlandia e instauraron allí una nueva cultura, conocida como cultura thule, que absorbió a la precedente, conocida como cultura dorset. Debido a esta migración, las culturas y lenguas inuits tradicionales presentan grandes analogías desde Alaska hasta Groenlandia. Los yupiks, por su parte, viven en el sudoeste de Alaska y en el extremo oriental de Siberia, y están emparentados con los inuits en cuanto a cultura y antepasados, pero su lengua es diferente. Parientes remotos de ambos son los aleutianos, que desde el 6000 aC están asentados en las islas Aleutianas, dedicados a la pesca y caza de mamíferos marinos.

La región subártica es una inmensa región geológica que traza un amplio arco en torno a la bahía de Hudson, extendiéndose desde la costa ártica al norte del Gran Lago del Oso y al sur de Alaska, en los Territorios del Noroeste, hasta la península de Labrador y el norte de Québec. En Estados Unidos abarca el norte de los estados de Minesota, Wisconsin y Michigan, así como los montes Adirondack en el noreste de Nueva York. En sus aproximadamente 5.000.000 km<sup>2</sup> habitaron las naciones y tribus indígenas de la llamada cultura del caribú, basada en la caza y el aprovechamiento de este reno salvaje canadiense. Eran nómadas, se refugiaban en tiendas o, algunas veces, en la parte occidental, en viviendas circulares semienterradas. Para trasladar sus poblados se servían en verano de canoas y de trineos en invierno. En la región se asentaron tribus de dos grandes familias lingüísticas: al este, los algonquinos (crees, ottawas, naskapis, montagnais,

ojibwas...), seminómadas y cazadores, y, en las zonas septentrional y occidental, los athabascos (chipewyan, beaver, kutchin, ingalik, yellowknife, dogrib, kaska...), organizados en grupos muy pequeños, prácticamente núcleos familiares o pequeños clanes. Los establecidos en el área del Pacífico, dedicados a la agricultura y la caza, tras la llegada de los blancos, entraron en conflicto (por el comercio de pieles) con la tribu más meridional de los hurones.

En los bosques del Nordeste, un área formada por las regiones templadas del este de Estados Unidos y Canadá, desde Minesota y Ontario hasta el océano Atlántico, por el este, y Carolina del Norte, por el sur, habitaban poblaciones diseminadas de cazadores, algunos de los cuales utilizaban puntas de flecha Clovis, que desarrollaron una cultura dependiente del ciervo. Hacia el 7000 a.C., cuando las condiciones climatológicas se hicieron más benévolas, emergió una cultura arcaica, cuyos miembros subsistían, cada vez en mayor medida, a base de carne de ciervo, frutos secos y granos silvestres. Hacia el 3000 aC, la población de los bosques orientales alcanzó culturalmente unos niveles que no se volvieron a dar hasta después del 1200. Aprendieron el cultivo de la calabaza de los antiguos mexicanos y, en el Medio Oeste, recolectaban semillas salvajes que molían para hacer harina. Enseguida fueron proliferando la pesca y la captura de crustáceos. En el área occidental de los Grandes Lagos se extraía cobre a cielo abierto, con el que se fabricaban cuchillos y diversos adornos, y en toda la región se tallaban pequeñas esculturas en piedras preciosas.

A partir del año 1000 a.C., el clima volvió a enfriarse y comenzaron a escasear los alimentos, lo que provocó una disminución de la población en la parte atlántica de la región. En el Medio Oeste, sin embargo, los pueblos se organizaron en grandes redes comerciales y levantaron grandes túmulos abovedados

## Breve historia de los indios norteamericanos



Los primeros norteamericanos trajeron consigo herramientas de piedra y otros utensilios paleolíticos. Vivían en grupos de aproximadamente cien personas, subsistiendo de la caza de alces y mamuts, y también de la pesca. Curtiendo las pieles de sus presas, fabricaban sus viviendas y sus vestimentas.

de uso religioso. Por entonces, se cultivaba ya maíz, pero los indígenas dependían sobre todo de alimentos arcaicos. Los arqueólogos han bautizado a estos pueblos extintos con varios nombres, según su área de influencia y su época. Los adenas, que son los más antiguos, cazaban y recolectaban en el valle del río Ohio desde el siglo XI aC. Luego vinieron los hopenwells, que tomaron el relevo entre los siglos III aC y VI de nuestra Era, y que practicaban ya algunas actividades comerciales y agrícolas. Sus herederos, las culturas mississippianas, basadas en la agricultura intensiva del maíz, florecieron en la extensa área de influencia de este gran río entre los años 800 y 1500 de nuestra Era, donde alcanzaron un grado de desarrollo comparable al de la Edad del Cobre europea. Sus pobladores construyeron grandes ciudades con plataformas de tierra, o túmulos, que alojaban templos y residencias de los gobernantes, destacando especialmente la gran ciudad de Cahokia, la mayor y más próspera de la Norteamérica arcaica, que pudo llegar a albergar hasta 40.000

habitantes y que contaba con centenares de túmulos, el mayor de los cuales alojaba el templo principal, de 30 metros de altura, 49 de anchura y unos 110 de longitud. Durante este periodo, el cultivo del maíz también adquirió gran importancia en la región atlántica, aunque allí no surgieron ciudades.

Los pueblos indígenas de los Bosques Orientales, herederos de aquellos, abarcan a los de la confederación iroquesa (como mohawks o wyandots), a los de lengua algonquina (delawarenses, shawnis, mohicanos, ojibwas, fox, shinnecocks, potawatomis e illinois) y a los de la familia lingüística siux (como iowas y winnebagos). Algunos de ellos emigraron hacia el Oeste durante el siglo XIX; otros permanecen aún en esta región.

El área cultural del Sudeste es una región semi-tropical situada al norte del golfo de México y al sur del Medio Oeste, que se extiende desde la costa atlántica hacia el oeste hasta encontrarse con Texas. Gran parte de este territorio estuvo formado por bosques de pinos que los indígenas de la región mantenían limpios de maleza, una forma de favorecer y controlar las cabañas de ciervos que los sustentaban. Su clima suave y húmedo permitió medios de supervivencia ligados a la caza y la pesca, en coexistencia con pueblos que encontraron en la agricultura (maíz, calabaza, girasol...), desde tiempo muy remotos (quizás incluso desde el año 3.000 a.C., cuando ya vivía en la región una población relativamente muy numerosa), el factor principal de su existencia, circunstancia más frecuente cuanto más al sur. En el 1400 aC se construyó una ciudad, conocida por los arqueólogos como Poverty Point, cerca de la actual Vicksburg, en Mississippi, dominada por una gran plaza central y con enormes túmulos de tierra que hacían las funciones de plataformas para los templos o de enterramientos cubiertos. El maíz fue introducido en la región en torno al 500 aC y,

aparejado a él, llegó el desarrollo de otras actividades comerciales (cestería, cerámica...), así como un notable incremento demográfico.

En general, los nativos del Sudeste adoptaron un modo de vida sedentario, que les llevó al desarrollo de estructuras sociales extremadamente sofisticadas, tanto en aspectos organizativos, como jerárquicos y religiosos. Las aldeas (algunas verdaderamente populosas comparadas con las del resto de Norteamérica) solían situarse, para facilitar su defensa frente a enemigos potenciales, en atalayas rodeadas de empalizadas, con un foro central, en el que se erguía la Casa del Consejo, verdadero eje político de la vida cotidiana. La gran mayoría de las tribus tuvieron tiempo suficiente para desarrollar un notable conocimiento médico, sobre todo herbáceo. Al incrementarse el comercio de artículos manufacturados, la población siguió creciendo a gran ritmo hasta producirse los primeros contactos con los europeos, en que todo se interrumpió bruscamente.

Entre los pueblos del Sudeste figuran los cheroqui, choctaw, chickasaw y creek. En la zona correspondiente a lo que es hoy Florida y parte de la franja costera del golfo de México, aparecen grupos propios como: timucua, calusa, tunicu, atakapa, chitimacha, natchez... Estos últimos habían desarrollado una evolucionada cultura de construcción de túmulos, que sería totalmente destruida por los europeos durante el siglo XVIII. Por su parte, los seminolas, que vivían en los Everglades, la zona pantanosa del sur de la península de Florida, de clima particularmente cálido y húmedo, desarrollaron una cultura apropiada a ese hábitat especial. Por ejemplo, construían sus casas, llamadas chickis, sobre plataformas de madera elevadas por encima de la tierra y cubiertas, a su vez, por un tejado inclinado construido con hojas de palmito y sustentado en postes. Para permitir que la brisa circulara, el chicki no

tenía paredes, lo que lo hacía especialmente práctico en aquel clima caluroso. En ocasiones, el hábitat pantanoso obligaba a los seminolas a usar ropa inusual para un clima tan caluroso. Por ejemplo, para proteger las piernas de juncias y mosquitos, usaban mallas de piel de ciervo. Para poder desplazarse a lo largo de los arroyos poco profundos, usaban canoas de fondo plano hechas con un tronco de ciprés, que ahuecaban con conchas de mar.

El área cultural del Sudoeste abarca los actuales estados de Arizona, Nuevo México, Utah, Nevada, Texas, la zona meridional de Colorado y la zona septentrional limítrofe de México. En ella, los indígenas se ubicaron cerca de las tierras altas, en montañas y cañones, así como en la parte baja, de tierras áridas. A pesar de ello, la caza proporcionaba alimentos en gran cantidad como venados, conejos, palomas o codornices, aunque también peligros como pumas, linceos y serpientes de cascabel. Por otra parte, algunos frutos silvestres constituían una parte muy importante de la dieta de las gentes de esta región, que desarrollaron técnicas de irrigación y localización de pozos. Las abundantes cosechas proporcionaban además excedentes que exportaban, principalmente a México, donde también vendían turquesas. Los primeros habitantes de esta región cazaban mamuts y otros grandes mamíferos hacia el año 9500 a.C. con puntas de flechas y lanzas Clovis; sin embargo, al finalizar los periodos glaciales (hacia el 8000 a.C.), los mamuts desaparecieron. Entonces, comenzaron a cazar búfalos (con puntas Folsom) y dedicaron más tiempo a recolectar plantas silvestres. El clima fue haciéndose más cálido y seco y, entre el año 8000 y el 300 a.C., emergió una nueva forma de vida caracterizada por la caza sobre todo de ciervos y aves y la recolección de frutas, frutos secos y semillas de plantas silvestres, que molían con planchas de piedra para hacer harina. Hacia el 3000 a.C., los

habitantes del Sudoeste ya habían aprendido a cultivar el maíz, aunque durante siglos solo fue un componente menor de su alimentación. Así, en esta región, la más árida del subcontinente, pero también la de mayor contacto con las grandes civilizaciones mesoamericanas, se desarrollaron posteriormente las tres grandes culturas arcaicas.

La cultura mogollón, que floreció entre el siglo VI aC y el XVI de nuestra Era, surgió en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental, en los montes Mogollón de Nuevo México, desde donde se extendió hacia el norte por el territorio de los actuales estados de Arizona y Nuevo México. Los mogollones vivían en viviendas semisubterráneas horadadas en paredes rocosas que facilitaban su defensa ante sus agresivos vecinos cazadores. A lo largo de su amplia historia, esta cultura difusa se adaptó muy bien a un entorno geográfico marcado por la presencia de bosques de pinos y escarpadas montañas y barrancos. Los mogollones solían enterrar a los muertos en ceremonias en que no faltaban las ofrendas de cerámica y piedras semipreciosas. Puesto que la calidad de las obras materiales de esta cultura es bastante sobresaliente, sus túmulos funerarios fueron muy saqueados en los siglos posteriores. En el siglo XI, coincidiendo con el auge del comercio con Centroamérica, que facilitó el desarrollo de la agricultura y la estratificación social, se produjo un primer *boom* demográfico que, sin embargo, se vio truncado en el siglo XIII. No obstante, se dio un refloreCIMIENTO entre los siglos XIV y XV, en que los asentamientos principales crecieron en población, tamaño y poder. Paquimé, en Chihuahua, fue quizá el mayor de ellos, por lo que, a menudo, esta fase es individualizada como cultura paquimé. Esta ciudad, que dominaba una región en la que abundaban las llamadas “casas acantilado”, construidas en cuevas de difícil acceso de la vertiente oriental de Sierra Madre, sosten-

dría relaciones comerciales con Centroamérica, a la que proveía de minerales preciosos, como turquesas y cinabrio, además de productos provenientes de las costas del golfo de California, especialmente conchas. Finalmente, presionados por otras culturas, su identidad se diluyó.

Por su parte, los pueblos que sostuvieron la cultura hohokam entre el siglo II y mediados del XV, son unos grandes desconocidos. Ocuparon los terrenos desérticos de Arizona y Sonora y parte de Chihuahua surcados por dos grandes corrientes de agua, los ríos Colorado y Gila. Vivían, pues, en uno de los ecosistemas más difíciles para la agricultura y la vida humana, dadas las altas temperaturas y la escasa pluviosidad, que combatían construyendo canales de irrigación y encauzando los ríos Salado y Gila. Gracias a ello, obtenían hasta dos cosechas de maíz al año, aporte alimenticio que complementaban con la caza y la explotación de otros recursos vegetales salvajes, de los que obtenían harina, miel, licores y madera. Además, mantenían contactos comerciales con Centroamérica, a la que exportaban principalmente turquesas. Vivían en pequeñas aldeas de unos cuantos cientos de personas, compuestas por edificios muy agrupados. La vivienda típica era de planta alargada y semisubterránea (para protegerse del calor) y, en general, no poseía más de una estancia. Para cuando los europeos llegaron a la zona, los núcleos urbanos hohokam ya habían sido abandonados, presumiblemente a causa de un desastre epidémico que arruinó el sistema social nativo.

Hacia el año 700, los pueblos más septentrionales del Sudoeste, también agrícolas (maíz, frijol y calabaza), tras varios siglos de comerciar con los hohokam, modificaron su forma de vida, originando la que se conoce como cultura anasazi. Vivían en poblados de piedra escarpados en paredes rocosas en forma de terrazas, con paredes de bloques de adobe desnudas por el



Hacia el año 700, los pueblos agrícolas más septentrionales del Sudoeste de Norteamérica originaron la cultura anasazi. Vivían en poblados escarpados en paredes o riscos rocosos, en los que adosaban sus casas aterrazadas, hechas de bloques de adobe, como se aprecia en las ruinas de la foto, en Mesa Verde, Colorado.

exterior para mejor protección de sus moradores. Su organización social era de tipo comunitario. Los restos arqueológicos demuestran un gran conocimiento de la cerámica, el tejido y la irrigación. Practicaban una religión animista, basada en el culto de unos seres sobrenaturales o espíritus de los antepasados mediante ritos celebrados en cámaras subterráneas circulares llamadas *kivas*. Con el crecimiento demográfico, las viviendas se reagruparon en aldeas que, a partir del siglo X, llegaron a varios centenares de habitantes y que, por regla general, estaban situadas en mesetas, como la del cañón Chaco, o al abrigo de los acantilados rocosos, como en Mesa Verde. La orientación de los pueblos protegía de la lluvia y la nieve en invierno y de los mayores calores del verano, además de ser la más ventajosa como protección natural ante los enemigos. Agricultores sedentarios, al no conocer la metalurgia, utilizaban aperos de labranza de piedra y madera. En cambio, fueron adaptando paulatinamente las técnicas de irrigación provenientes de México. Construyeron pequeños

embalses, canales y depósitos sacando agua de los ríos o reuniendo reservas de agua de lluvia, lo que refleja su funcionamiento comunitario. No obstante, no abandonaron la caza y la recolección practicadas por sus antepasados. Los anasazis dejaron numerosos petroglifos, con dibujos más o menos estilizados, en los acantilados de gres del desierto norteamericano.

A partir de 1275, el área padeció importantes sequías, quedando abandonados muchos poblados anasazi. Los de los márgenes del río Grande, por el contrario, crecieron y expandieron sus sistemas de regadío. En el siglo XV aparecieron en el Sudoeste algunos cazadores nómadas emigrados desde la región subártica. Saquearon los poblados de los indios pueblo (herederos de los anasazis) y, después de que los españoles fundaran los mercados de esclavos, pusieron a la venta a sus prisioneros; de los indios pueblo aprendieron a cultivar la tierra y de los españoles, a criar ovejas y caballos. En la actualidad, estos pueblos son el navajo y el grupo apache.

El sector occidental del Sudoeste estuvo habitado por individuos que hablaban lenguas de la familia yuma, incluidos los mojave, que vivían en la parte baja del río Colorado en pequeños poblados de chozas cercanos a los campos pantanosos de cultivo, y los solitarios havasupai, pueblo nómada que pasaba los meses de primavera y verano en el cañón Cataract, un ramal del Gran Cañón, y el otoño y el invierno en la meseta superior. Por ello sobrevivieron relativamente protegidos de las influencias culturales exteriores y consiguieron preservar su cultura indígena en mayor grado que cualquier otro pueblo del Sudoeste. Otros grupos pertenecientes a esta región cultural son los hopis de Arizona y la etnia tarahumara, que habita en el estado mexicano de Chihuahua.

En la fértil y ubérrima California habitaban numerosas tribus, clanes y poblados. Entre otras, destacaban las klamaths, modocs y yuroks en el noroeste; pomos,

maidus, miwoks, patwins y wintuns en el centro, y las llamadas “tribus de las misiones” en el sur, cuyos nombres impuestos por los europeos (diegueños, luiseños, ignacianos, gabrielinos...) aluden a las misiones españolas que intentaban convertirlos al cristianismo. La misma abundancia de recursos dio como resultado un modo de vida muy similar en todos los grupos étnicos, pese a su diferente procedencia, lo que evitó muchas de las disputas intertribales frecuentes en otras regiones. Los pueblos nativos de esta región poseían culturas tan variadas como su entorno y, en cierto sentido, su historia estuvo determinada por la manera en que se adaptaron a su medio ambiente. Por ejemplo, los pomos utilizaban los secoyas gigantes para construir sus casas, en forma de tipi. Hacia el año 8000 a.C. se desarrolló una forma de vida arcaica basada en la caza de ciervos, la pesca, la caza con red de aves migratorias y la recolección de piñas y semillas silvestres, que perduró sin grandes cambios hasta 1850, con la llegada masiva de buscadores de oro y colonos de todo el mundo. Los poblados eran sencillos, formados por chozas, que durante los meses más cálidos apenas se cubrían. La tecnología agrícola era muy compleja y la cestería alcanzó el grado de auténtico arte. En la costa de California, las gentes pescaban y cazaban morsas, delfines y otros mamíferos acuáticos. La riqueza de recursos fomentó un comercio muy reglamentado, que utilizaba las conchas de mar o cauris como *moneda* de cambio. Su contacto entre nativos y europeos no fue pleno hasta el siglo XVIII, cuando los españoles se establecieron de modo permanente.

Otra área cultural diferenciada se localizaba en la costa Noroeste del Pacífico, desde Alaska hasta California, una estrecha franja de terreno rica en pesca, caza y tubérculos, cuyos recursos permitieron que se crearan grandes aldeas, con casas de madera de hasta 30 metros de diámetro, donde vivía cada familia con su

jefe. El esquema básico de su vida apenas cambió y, a lo largo de los siglos, la artesanía en madera fue adquiriendo un alto grado de perfección. Con la llegada de los colonizadores se consolidó muy pronto el comercio, especialmente el intercambio de pieles y otros productos por utensilios y herramientas de metal y por baratijas. De aquellas tribus arcaicas derivaron las modernas chinook, salish, makah, tlingit, tsimshian, haida, kwakiutl y nutka.

También al oeste se hallaban los pobladores de la Meseta, región que comprende los bosques perennes y las montañas de Idaho, el este de Oregón y Washington, el oeste de Montana y la parte limítrofe de Canadá. Aquellos primeros indígenas se alimentaban de los salmones que abundaban en los ríos que bajaban de las montañas, así como de raíces y tubérculos de las praderas. A menudo secaban unos y otros y los almacenaban para la estación invernal. Las aldeas estaban constituidas por casas redondas hundidas en la tierra para protegerse de los rigores del invierno y por chozas durante el verano. Su territorio era paso obligado de las tribus nómadas, con las que comerciaban e intercambiaban comida. Entre estos pueblos se incluyen los nez percés, walla-wallas, yakimas, umatillas, flatheads, spokanes, okanagones, cayuses y kutenais.

En cambio, la zona de la Gran Cuenca, inmediatamente inferior a la Meseta y que abarca gran parte de Nevada y algunos territorios de Utah, Oregón, Idaho, Wyoming y California, es un terreno montañoso y árido en el que la agricultura es muy pobre. El área tiene de inusual el hecho de que sus ríos no desaguan en el mar, sino que drenan el desierto. A causa de la latitud y la altitud, las temperaturas son extremas. La recolección de frutos silvestres, especialmente piñones y bellotas, así como las raíces de camasia, cebolla y junco, eran la base de la alimentación de los primeros pueblos allí establecidos. La caza escaseaba, pero con

suerte se conseguían ciervos, berrendos y carneros americanos. Al ser tan escasa, los habitantes de estas zonas organizaban grandes cacerías cada cinco u ocho años, ritmo que permitía el repoblamiento natural. Los indios de esta zona, entre los que destacan los shoshonis, paiutes y utes, se caracterizaban por ser recolectores y nómadas, lo que favoreció que fueran fácilmente reducidos por los colonizadores.

Por su parte, la forma de vida por excelencia de las grandes praderas de las Llanuras Centrales, que se extienden, en el eje norte-sur, desde el centro de Canadá hasta la frontera de México, en el río Grande y, en el este-oeste, desde el valle del Mississippi, en el Medio Oeste, hasta las primeras estribaciones de las montañas Rocosas, era la caza del bisonte, lo que provocaba que la gran mayoría de sus pobladores fuesen nómadas. Los rasgos culturales de esos pueblos son los que hoy se toman como “típicos” de todos los indios norteamericanos: largos tocados de plumas, tipis, pipa ceremonial, trajes de cuero, danzas de significación religiosa, insuperables prestaciones como jinetes...

En el Oeste norteamericano, las tribus nómadas arcaicas cazaban bisontes, muflones, ciervos y pájaros, aunque también recurrían a la pesca y, desde el año 8000 aC, al cultivo de nueces y semillas. Las dificultades de supervivencia en un medio no demasiado generoso motivaron densidades de población muy bajas y una tendencia al nomadismo pues había que recorrer grandes distancias para poder conseguir todo lo que permitiría la supervivencia. La abundancia de caza (en el centro del continente vivían millones de bisontes, además de muchos otros animales) no suponía que fuera sencillo conseguirla y la agricultura era difícil en un clima seco en verano y muy frío en invierno. Pero, a pesar de todo, diversos grupos vivieron en esta región durante miles de años, con unos sistemas sociales y culturales totalmente adaptados al medio. Se sabe

muy poco de estas sociedades debido a que su nomadismo hace difícil su estudio, por la escasez de restos materiales. Sus primeras evidencias arqueológicas son huellas de tipis y las llamadas “medicine wheels” (“ruedas medicinales”), cuya distribución por la parte norte (especialmente en Wyoming) evidencia asentamientos grandes y estables de viviendas plurifamiliares de una sociedad con un sistema de creencias desarrollado, antecedente del de las tribus que posteriormente ocuparon estos territorios. En general, los poblados eran simples, pero habían desarrollado técnicas de almacenamiento de alimentos muy sofisticadas. La mayoría de los pueblos de las Grandes Llanuras vivían como pequeños grupos nómadas que se desplazaban siguiendo a las manadas en busca de alimento y pieles.

Las evidencias arqueológicas muestran un largo periodo de sequía en toda Norteamérica durante el siglo XIII. A partir de entonces, las grandes praderas empezaron a atraer a tribus de otras regiones, que llegaron a las llanuras en busca de mejores condiciones y acabaron mezclándose o acaparando el espacio de los primeros moradores. Pueblos de lengua algonquina bajaron desde el norte subártico y desde los Grandes Lagos. Los siux se desplazaron desde los grandes bosques del Nordeste; los atabascos, desde el norte; tribus de lengua shoshoni y kiowa, desde el oeste, y de lengua caddo, desde el sudeste. Pese a la diversidad de orígenes, la mayoría de ellas adoptaron un modo de vida similar. La conquista o conservación de los respectivos territorios de caza y el dominio de las cordilleras, lugares que proveían de hierbas medicinales y muchos otros productos que no se encontraban en los llanos, provocaban conflictos y rencillas que, en ocasiones, convirtieron a estas tribus en enemigas crónicas. El grupo que consiguió ocupar los principales y mejores territorios fue el de los lakotas o siux. Quienes más se opusieron fueron los crows. Otras tribus de la

zona eran las arapajoes, assiniboines (parientes y aliados de los lakotas) y shoshoni-bannocks, aliada de los crows. También destacaron los pies negros, cazadores de búfalos, como también lo eran los pawnis. Agricultores eran, por ejemplo, mandan e hidatsa, que vivían en las márgenes del río Misuri y que eran conocidos por los comerciantes franceses como gros ventrés. Otras tribus, como los comanches, llegaron a las praderas mucho más tardíamente, hacia 1450. El de las Grandes Llanuras no era un mundo cerrado en que cada grupo viviera aislado del resto, sino más bien todo lo contrario. No había fronteras delimitadas, pero sí unos territorios de caza y unas alianzas intertribales.

## LA VIDA COTIDIANA DE LOS INDIOS

La organización social variaba en complejidad y en formas según pueblos y momentos históricos, aunque siempre condicionada por una serie de factores ambientales, como el clima, los recursos disponibles y la mayor o menor agresividad de los grupos vecinos. Por ejemplo, los pueblos que habitaban en regiones desérticas con escasos recursos naturales, vivían en pequeños grupos que se movían frecuentemente para encontrar fuentes de alimento, madera u otros materiales. El pequeño tamaño del grupo implicaba que no necesitaba un gobierno o una organización social demasiado estructurados, ni leyes estrictas, pero sí mucha flexibilidad para adaptarse mejor a las cambiantes circunstancias del entorno. A los nativos que vivían en áreas de recursos naturales abundantes, o en tierras fértiles, les bastaba con establecer poblados permanentes. Esa mayor concentración humana exigía una mayor y más compleja organización. Por ejemplo, las construcciones y las infraestructuras necesitaban disponer de una mayor y más especializada fuerza de trabajo y

una minuciosa planificación. También tenía que ser más complejo el sistema de gobierno y toma de decisiones, así como las normas de conducta social y el reparto de funciones y tareas. Así, en el Noroeste, los indios desarrollaron una estratificación social importante, que era casi inexistente entre los navajos y demás pueblos de la zona árida de Norteamérica, para los que la familia nuclear era la única base de la sociedad.

En términos generales, cada comunidad estaba gobernada por un consejo, formado por representantes de cada una de las familias, bandas y clanes que se reconocían como hermanos. Por lo común, el consejo elegía a un hombre (raramente a una mujer) que actuaba como jefe y que, por tanto, tenía la voz decisiva y actuaba como principal portavoz a la hora de tratar con otros pueblos. En muchas regiones las familias se distribuían en clanes, que solían disponer comunitariamente de los recursos (terrenos agrícolas, pozos, cotos de caza y pesca...), que distribuían y asignaban según las necesidades de cada momento. En consecuencia, la noción de propiedad privada era absolutamente extraña a los indios norteamericanos, que, llegado el momento, serían totalmente incapaces de comprender la mentalidad posesiva y egoísta de los blancos. El jefe era responsable del bien común. Dado que los indios no poseían (salvo contadísimas excepciones) leyes escritas, solo normas orales, todos los asuntos y litigios se sometían a deliberación y decisión en el consejo.

El principal rasgo de carácter común de todos los indios era su amor a la independencia, a la personal, pero también a la guardada celosamente por cada tribu, banda, clan, linaje e, incluso, familia. Si la situación lo requería, solían confederarse para la guerra ofensiva o defensiva bajo un jefe de guerra común (distinto del de paz, que seguía manteniendo sus funciones internas), asesorado por un consejo de ancianos. Aunque algunas de esas confederaciones perduraron siglos, como fue el



En términos generales, cada comunidad india tradicional era gobernada por un consejo formado por representantes de cada una de las familias, bandas y clanes que la formaban.

Dado que, salvo excepciones, no poseían leyes escritas, todos los asuntos y litigios se sometían a deliberación y decisión en el consejo.

En el caso de la Liga de los Iroqueses, la vida tribal se mantenía autónoma en todo lo no referente a las actividades guerreras y ningún estrato social o individuo estaba obligado a seguir la decisión general o mayoritaria.

La familia era la mayor unidad social permanente para la mayoría de las tribus establecidas en la Gran Cuenca, el Ártico y la Baja California, lugares en que los recursos eran escasos; mientras que en casi todos los pueblos cazadores y recolectores lo era la banda, a la que cada familia podía asociarse o no. Durante la primavera y el verano, se reagrupaban en una banda; pero en las épocas frías se separaban en unidades más pequeñas. De hecho, muchas de las llamadas tribus no eran, en realidad, más que bandas de gran tamaño. Por ejemplo, los comanches, aunque compartían lengua, costumbres e identidad étnica, nunca se llegaron a organizar como una tribu compacta, sino que siempre se mantuvieron como un conjunto de bandas. En ausencia de un consejo tribal, el líder de la banda era un hombre que antes se hubiera distinguido en la guerra o

como chamán. Él ordenaba las cacerías o los desplazamientos a un nuevo emplazamiento y, en general, tomaba, o sugería, las decisiones importantes que afectaban a todo el grupo, aunque no se involucraba en las disputas internas ni en las decisiones personales. El liderazgo era informal y se apoyaba más en el prestigio que en la autoridad.

Las auténticas tribus, no necesariamente mayores en tamaño, se solían organizar de un modo más rígido y complejo, y mostraban mucha mayor cohesión grupal. Por ejemplo, los indios de lengua yuma que vivían a lo largo del río Colorado se organizaban en tribus agrícolas de 2.000 a 3.000 miembros. Cada una de ellas tenía varios jefes (incluido uno de paz y otro de guerra) y un fuerte sentido tribal. Durante las etapas de guerra, todos se reunían para combatir. Sin embargo, en tiempos de paz, las tribus se volvían a desagregar en bandas. Tras el contacto con los europeos, algunos grupos de las llanuras se organizaron como tribus permanentes para sobrevivir a la invasión colonial. Por ejemplo, los cheyenes, unos 4.000, se gobernaban mediante un consejo de 44 jefes que se convocaba una vez al año cuando se reunía toda la tribu para la cacería anual de bisontes. El resto del año, sin embargo, los cheyenes vivían en bandas.

Las familias integradas en una banda se entroncaban mediante linajes o clanes. Aquellos eran grupos cuyos miembros compartían un mismo antepasado común, mientras que los clanes, que persistían durante muchas más generaciones, aunque solían referirse a un mismo ancestro común, no podían trazar con seguridad el árbol genealógico. En ambos casos, la sociedad solía ser de tipo matrilineal. En algunas tribus, los clanes se denominaban en referencia a un animal totémico y trazaban su genealogía respecto a la historia mitológica que les unía a él. Por ejemplo, entre los hopis, el clan del oso surgió, según la mitología, cuando un grupo

dejó el submundo y se encarnó en el cuerpo de un oso muerto. Clanes y linajes servían para organizar muchos aspectos de la vida del poblado. Por ejemplo, la pertenencia a uno u otro solía determinar con quién se podía casar o no un individuo y a quién se transmitía su poder político cuando un jefe moría. Los individuos eran profundamente leales a su clan.

Una de las figuras claves en la cultura y religión india eran sus ancianos, encargados de la formación moral y de la transmisión de la herencia mitológica y espiritual de cada pueblo. Por regla general, la muerte era algo muy respetado, ya que era algo inevitable. No se temía ni era vista como el final de la vida, sino como una parte integral de ella, un tiempo de transición de un mundo a otro. Casi todos los pueblos creían que, tras la muerte del cuerpo, el alma seguía viva.

En cuanto a las relaciones de género, se consideraba que la mujer, fuente de vida, estaba emparentada con la Madre Tierra. Por tanto, jugaba un importante papel en la vida cotidiana. Ella, entre otras muchas funciones, preparaba la caza o las cosechas, se ocupaba de la cocina y los niños, de acarrear agua y curar la carne, de coser y atender el fuego e, incluso, de fabricar herramientas y armas. Aun sin poder decisivo ni representatividad en los consejos, cualquier madre, por ejemplo, podía llegar a tener suficiente influencia en sus hijos para disuadirlos de ir a la guerra. En general, los indios las veneraban y, a veces, temían sus poderes, especialmente durante el periodo menstrual. No era raro que, durante esa fase, la mujer se aislara en una pequeña choza alejada del poblado. Los indios, en general, creían que la sangre menstrual era maligna y que cualquier contacto con objetos sagrados era desencadenante de enfermedades; a cambio, creían también que era una purificación natural, por lo cual las mujeres no necesitaban someterse a la que los chamanes regularmente hacían a los hombres.

El matrimonio entre los indios era, por regla general, un asunto social, no individual, y generalmente el fruto de la relación entre dos familias. No obstante, en algunas áreas culturales, especialmente en el Ártico, Subártico y Gran Cuenca, los jóvenes tenían un mayor control sobre su decisión matrimonial. En general, los únicos inconvenientes insalvables eran los tabúes del incesto y del matrimonio entre parientes cercanos. Cuando una persona se casaba, no solo asumía compromisos respecto a su pareja sino también a su nueva familia política. Por ejemplo, entre ciertos apaches, cuando un hombre se casaba se comprometía a proporcionar el sustento a los padres de su esposa durante el resto de su vida, incluso aunque la esposa muriese. En casi todas las tribus, el matrimonio se efectuaba a una edad muy temprana. Las chicas se consideraban casaderas tras su primera menstruación; es decir, alrededor de los trece años. Los chicos se solían casar antes de los veinte. Muchas de las tribus consentían la sexualidad prematrimonial, aunque algunas, como la cheyene y la crow, daban un alto valor a la castidad. No estaban prohibidos los matrimonios intertribales, pero no eran lo habitual. La mayoría de las tribus permitían la poliginia, es decir, el matrimonio de un hombre con dos o más mujeres (a menudo, dos hermanas), pero, por regla general, solo los hombres poderosos o ricos podían permitírselo, especialmente en las Llanuras y en la Costa Noroeste. En el polo opuesto, los iroqueses y los indios pueblo, por ejemplo, eran totalmente monógamos.

Los ritos matrimoniales variaban mucho de una tribu a otra. En algunas sociedades, no se realizaba ceremonia formal alguna: el simple intercambio de regalos o dotes sancionaba el matrimonio. En otras, sin embargo, se llevaban a cabo ritos muy elaborados y fastuosos, con grandes celebraciones. Pasaba esto, por ejemplo, entre los hopis del Sudoeste, donde duraban

más o menos una semana e involucraban a los miembros de ambas familias. Por lo común, la de la novia se dedicaba a preparar grandes banquetes para demostrar sus habilidades como cocinera, mientras que la del novio proveía los alimentos, la leña y el vestuario, para demostrar su capacidad para abastecer a su futura familia. Tras el matrimonio, lo más habitual era que la novia abandonase a su familia o su banda y se fuese a vivir para siempre con la de su marido. Pero también se daba el caso contrario, como, de nuevo, entre los hopis. Menos comunes eran los acuerdos matrimoniales en que la nueva pareja podía elegir su lugar de residencia o hacerlo alternativamente en los de ambas familias. El divorcio no era desconocido y, en algunas sociedades, era hasta común. Los únicos individuos solteros en aquellas sociedades nativas eran los jóvenes, los enviudados, los divorciados y, caso muy especial, los llamados berdaches o “dos espíritus”, hombres que asumían el comportamiento, las maneras y las tareas de las mujeres, llegando incluso a casarse con un hombre para formar un matrimonio convencional, salvo por el detalle de la masculinidad de ambos cónyuges. También se daban casos de mujeres con comportamiento totalmente masculino.

Teniendo en cuenta la alta mortalidad infantil, lo normal era que las parejas desearan muchos hijos, lo que aseguraba la ayuda futura y el cuidado de los padres cuando llegasen a la vejez. Los niños, que muchas veces eran cuidados por la familia amplia, y no solo por los más allegados, recibían poca educación formal, pero sí mucho entrenamiento en las actividades propias de su cultura y su género. Una herramienta de aprendizaje muy común eran los relatos de viejas historias tradicionales que, a modo de moralejas, iban imbuyendo la cultura tribal a los jóvenes. La disciplina y el castigo de los hijos recaían casi siempre en otra persona distinta de los padres, por lo común la

hermana paterna o el hermano de la madre, con lo que se conseguía que no surgieran demasiados resentimientos entre padres e hijos. El castigo físico era raro; mucho más común era la ridiculización de los comportamientos. En algunas tribus, como los crows, cada persona tenía un familiar previamente designado encargado de reírse de él y parodiarlo en público, así como de afearle su mal comportamiento.

Los ritos de pubertad o iniciación marcaban el paso a la edad adulta. En algunas sociedades nativas, como los siux, los muchachos eran iniciados mediante una ceremonia que incluía trances y sueños inducidos para que entrase en contacto con el mundo espiritual. La ceremonia solía iniciarse con un baño de vapor purificador, mientras el chamán oraba e invocaba a los espíritus para que viniesen en ayuda del muchacho. A continuación, este se dirigía en solitario a una loma cercana, vestido solo con un taparrabos y mocasines. Acurrucado en un hoyo, permanecía allí cuatro días, sin comer, hasta que le llegaba una visión o un mensaje de su espíritu guardián, que tomaba la forma de un animal, una persona o un fenómeno natural y le proporcionaba una guía espiritual y un objetivo vital para toda su vida. Generalmente, el contenido de esta visión se traducían en el nuevo nombre de adulto que el muchacho tomaba a partir de ese momento. El ritual femenino era distinto. Aunque también podía buscar una visión, lo más común es que se relacionara con su primera menstruación. En las tribus del Yukón canadiense y de la Meseta estadounidense, la muchacha debía seguir un comportamiento especial de uno a cuatro años. Por ejemplo, se tenía que abstener de algunos tipos de alimentos (que, en caso contrario, *contaminaría*).

Las viviendas de algunos pueblos indígenas podrían parecer sencillas, pero eran bastante complejas. Los iglús de los esquimales (especialmente de los

del centro del Ártico), contruidos con hielo (mejor dicho, con nieve compactada) en invierno o con pieles en verano, estaban dispuestos sobre un armazón de madera o barbas de ballena de forma abovedada, con una entrada semihundida para mantener el calor del interior y permitir su ventilación. Solían guarecer a una sola familia y sus medidas iban desde los 2 a los 4,5 metros de diámetro en su base. Otros grupos esquimales vivían en casas de piedra cubiertas con tierra y soportadas sobre una estructura de costillas de ballena o tablones recogidos del mar. El chicki de los seminolas, climatizado de forma natural, se componía de una techumbre, generalmente de hojas de palmito, que cubría e impermeabilizaba una plataforma levantada sobre el suelo pantanoso y abierta a ambos lados, de 3 a 5 metros de diámetro, por 3 de altura. El clima cálido y húmedo de su Florida original hacía este tipo de viviendas mucho más confortables que las cerradas por paredes, que impedían la circulación del aire. El tipi de los pueblos de las Grandes Llanuras proporcionaba una vivienda eficaz para quienes debían trasladar su campamento para poder cazar. Estas tiendas de pieles de bisonte y silueta cónica tan conocida, disponían de un agujero en el vértice superior que permitía la salida de humos de la hoguera que, desde el centro del espacio interior, presidía la vida de sus ocupantes. En caso de lluvia, esta abertura se podía cerrar fácilmente. El tipi más habitual medía entre 3,5 y 5 metros de diámetro en la base y se solía adaptar a las variaciones climáticas: en verano, se solía arrollar su cubierta para permitir la circulación de aire, mientras que en invierno se recubría de una segunda capa interna de pieles para aislar el interior de la nieve y el gélido aire.

El wigwam, propio de los algonquinos de los bosques del Nordeste (que, en verano, se trasladaban a cobertizos abiertos), era una especie de choza above-

dada sustentada por arbolillos flexibles o por pequeños postes plantados en el suelo y doblados hasta formar una estructura arqueada, que se cubría con planchas de corteza, esteras entretejidas o pieles de animales. Se dejaba una abertura en la estructura a modo de puerta, que también se podía cubrir con pieles o esteras, a modo de cortinas. Un agujero en el techo permitía la salida de humos. En estas viviendas, que solían medir de 2 a 6 metros en la base, se alojaban una o dos familias. Los apaches del Sudoeste y los paiutes de la Gran Cuenca utilizaban una vivienda similar, a la que llamaban wickiup, de estructura de ramas duras pero flexibles, recubierta de hierba, maleza o pieles. Tampoco era muy distinto, aunque más grande, el hogan, la vivienda tradicional de los navajos, una casa de techo abovedado y planta circular o poligonal (de seis a ocho lados) hecha de troncos o postes y revocada con barro o tierra. Tradicionalmente, su puerta de entrada se dirigía al este para saludar al sol naciente de cada mañana. Diseñada para una sola familia amplia, solía tener más de 7,5 metros de diámetro.

Las tribus agrícolas de las llanuras, como los paunis y los mandan, vivían en poblados de casas de tierra de gran tamaño recubiertas del mismo material y techo abovedado sustentado sobre un entramado de ramas y vigas, que proporcionaban un buen aislamiento ante el alto calor veraniego y el intenso frío invernal. Los iroqueses construían grandes cabañas (con cabida para de seis a 10 familias), con techo tradicional de entramado sobre el que se colocaban lascas de corteza de árbol, a modo de tejas superpuestas. Los indios pueblo vivían en edificios complejos de adobe y formados por apartamentos familiares superpuestos y aterrizados. También construían kivas, estancias subterráneas o casi, de uso religioso o ceremonial, a las que se accedía por el techo en el que se abrían trampillas desde las que se descendía al interior por escaleras de

mano. Por su parte, la vivienda típica de los indios de la Costa Noroeste era la cabaña de tablones de madera.

Como es lógico, las sociedades menos populosas se dieron históricamente en las regiones en las que escaseaban los alimentos. Valgan como ejemplo los crees, los pueblos de habla athabasca de la región subártica de Canadá y los paiutes del desierto de Nevada. A partir del momento en que se comenzó a practicar la agricultura, aproximadamente desde el año 5000 aC, en el actual Illinois, las comunidades aumentaron en número, hasta llegar a estar formadas por miles de individuos. El primer cultivo conocido fue la calabaza y después llegaron el algodón, el girasol, la sandía y el tabaco, aunque, con el tiempo, el principal sería el maíz, que enseguida se convirtió en un componente de la dieta diaria de muchos indios, sobre todo de las regiones más áridas. Hacia el año 800, los indios norteamericanos cultivaban sobre todo judías, calabazas y maíz. Por entonces ya estaban muy adelantados los cultivos de regadío del Sudoeste y la selección de semillas. El desarrollo definitivo de la agricultura marcaría un punto de inflexión en el progreso de los nativos norteamericanos. Al asegurar el alimento todo el año, hizo posible la proliferación de tribus sedentarias y, en consecuencia, sociedades más complejas y evolucionadas. Los indígenas utilizaban aperos manuales, pero todavía no el arado ni los animales de tiro. Los pueblos agrícolas recurrían también a la caza y la recolección de plantas, semillas, frutos, bayas y hierbas. Sin embargo, hasta la llegada de los europeos, eminentemente agropecuarios, el ganado tuvo en Norteamérica una importancia menor que en el resto de los pueblos del mundo. Se ingerían más proteínas procedentes del pescado y la caza, especialmente de ciervo o bisonte.

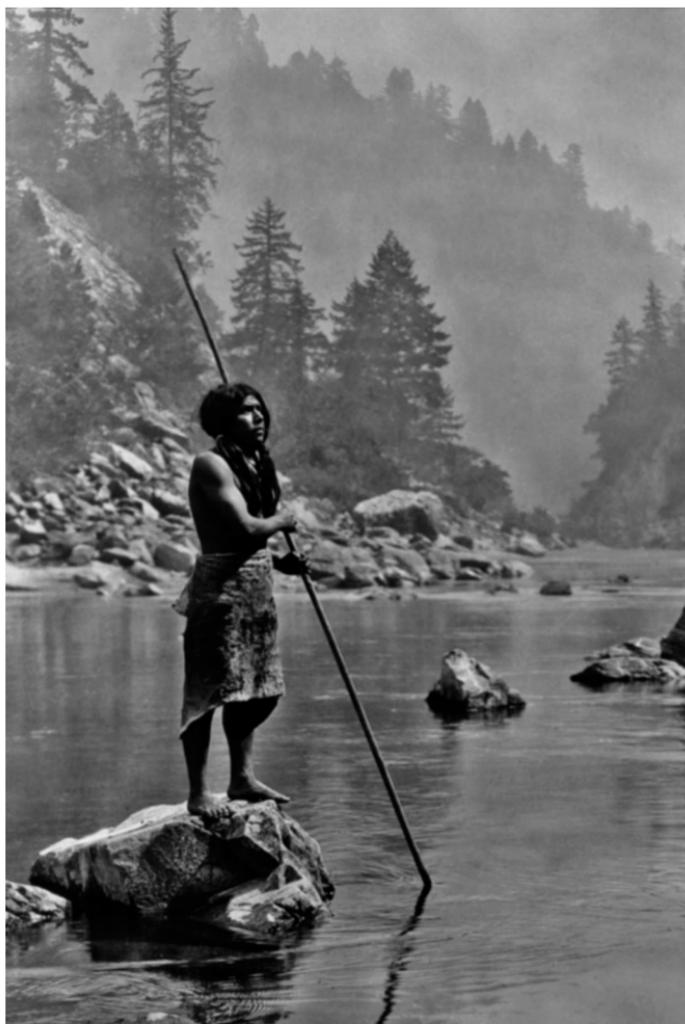
Los nativos pescaban en el mar, los ríos y los lagos de todo el país, mediante todo tipo de arpones, ganchos, redes, trampas e, incluso, venenos. Se pes-

caba sobre todo salmones y, en el norte ártico, hasta ballenas.

Desde muy temprana edad, los niños aprendían el arte de la caza con sus padres o sus abuelos. Aprendían a utilizar trampas, a fabricarse las armas, a utilizar la ropa adecuada y a moverse con sigilo y presteza para no espantar a las presas. Tras la desaparición de los grandes mamíferos, las piezas más codiciadas eran los grandes rumiantes (caribú, alce, bisonte, antílope cabra, ciervo, muflón de las Rocosas...), los carnívoros y carroñeros (oso, coyote, lobo, zorro y puma); los mamíferos marinos (foca, león marino, ballena...); las aves (águila), y los animales de caza menor (pato, ganso, pavo, conejo, castor, mapache, comadreja, ardilla...). En las Grandes Llanuras, las tribus sobrevivían cazando bisontes. Hasta la llegada del caballo, generalmente lo hacían a pie llevando a la manada hacia un precipicio y haciendo que se precipitara al vacío. Un bisonte daba una media de 160 kg de carne, pero de cada uno se aprovechaba mucho más que ella: piel (para vestirse o forrar tipis o embarcaciones, confeccionar escudos...), tendones (para fabricar cuerdas de arcos), cuernos y huesos (instrumentos de cocina).

A menudo, los alimentos se comían con las manos, aunque muchos grupos utilizaban cubiertos y platos de cuerno o hueso. En el Noroeste y alrededor de los Grandes Lagos, los nativos recogían la savia de los arces, que utilizaban después como sazónador universal. Como edulcorantes se utilizaba fruta, miel salvaje y, en las zonas tropicales, vainilla. En el Sudoeste se usaban casi a discreción los chiles. La sal era una sustancia rara y cara, que se obtenía por evaporación del agua marina. La carne o el pescado se cocinaba asándolos sobre una hoguera, cocándolos dentro de hoyos rellenos con piedras calientes o hirviéndolos en un cacharro de piedra o arcilla colocado sobre una llama de aceite de foca (como hacían los esquimales),

## Breve historia de los indios norteamericanos



Los nativos, además de cazar y recolectar, pescaban en el mar, los ríos y los lagos de todo el país, mediante todo tipo de arpones (como el pescador de la tribu hupa de la foto), ganchos, redes, trampas e, incluso, venenos.

o en una cesta de entramado fino recubierto de resina y rellena con agua y con piedras calientes. Los indios aprendieron a preservar y almacenar alimentos para el invierno o para los viajes. Los enterraban en hoyos, que el sol iba secando, los desecaban al sol o los ahumaban sobre fuegos o en fumaderos especiales. Algunas tribus, de viaje o en guerra, llevaban un paquete de pemmican, un alimento de alto contenido proteínico y de larguísima conservación.

Los indios no concedían demasiada importancia a la vestimenta, pero sí a los adornos. Las tribus septentrionales se vestían de pieles; muchas de las del sur confeccionaban groseros tejidos de fibras vegetales y de algodón. Los pueblos de climas cálidos, por ejemplo, apenas cubrían sus cuerpos, excepto en las celebraciones; en tales ocasiones se adornaban con flores, se pintaban el cuerpo y usaban extraordinarios tocados o penachos de plumas. También abundaban los tatuajes. Los pueblos cazadores confeccionaban prendas con pieles curtidas de ciervo, alce o caribú; solían tener forma de túnica, más largas las de las mujeres que las de los hombres, con mangas y perneras desmontables. En el Ártico, los inuits y los aleutianos vestían abrigos (*parkas*), pantalones y botas de caribú o, si era preciso, de piel impermeable de algún mamífero marítimo (foca, morsa, león marino...).

Hombres y mujeres mataban el tiempo jugando mucho a una amplia serie de juegos, desde los dados a las adivinanzas. Los niños jugaban con figurillas de barro y juguetes en miniatura, imitando las actividades de los adultos, y especialmente la guerra y la caza; las niñas, con muñecas de trapo. Los jóvenes y los adultos, sobre todo los del Nordeste, practicaban en grupos más o menos numerosos un juego de pelota parecido al actual lacrosse, que sería adoptado por los colonizadores europeos. Las carreras a pie, la lucha, el tiro con

arco y, tras la llegada de los españoles, las carreras de caballos estaban por lo general a la orden del día.

El medio de transporte más común del indio norteamericano fue el viaje a pie, al igual que el primordial medio de acarreo de bultos fue la mochila, más comúnmente llevada a la espalda por las mujeres, pues, se supone, el hombre debía estar en todo momento presto a la defensa o a perseguir a la posible caza. La rueda, utilizada en el Medio Oeste a partir del año 3500 aC, no fue conocida en el resto de Norteamérica hasta la llegada de los europeos. Las canoas se usaron como medio de transporte casi en todo el subcontinente, excepto en regiones como la Gran Cuenca y el Sudoeste. En el Ártico, Subártico, Nordeste y Meseta, la mayoría se construían con estructura de madera recubierta con corteza vegetal (especialmente de olmo entre los iroqueses) o pieles de animales. Las más ligeras y maniobrables fueron las de madera de abedul utilizadas por los algonquinos. Las piraguas hechas con troncos vaciados también fueron comunes en buena parte de Norteamérica, especialmente en la Costa Noroeste, donde pueblos como el haida, el nutka y el makah fueron auténticos maestros en su construcción y manejo. Los mandan utilizaban otras canoas circulares, recubiertas con piel de bisonte, conocidas en inglés como *bullboat*. Los ojibwas y otros pueblos del actual Canadá utilizaban trineos y raquetas de nieve, de diferentes tamaños y diseños, para desplazarse y para acarrear todo su campamento durante el invierno helado. En las Grandes Llanuras, los necesarios desplazamientos de los pueblos nómadas y seminómadas fueron lentísimos y muy dificultosos hasta la llegada del caballo. Hasta entonces, los indios se servían de los perros amaestrados como animales de tiro (a veces también de alces), que arrastraban unas ligeras estructuras de madera llamadas *travois*, consistentes en dos palos sujetos mediante un arnés al animal

y entre los que se colocaba un entramado de pieles para situar la carga. Estos travois se adaptarían después a los caballos.

El comercio constituía una actividad económica trascendental en todos los grupos indígenas del continente. Se solía practicar gracias a los grupos nómadas que eran recibidos en cada poblado por el jefe local, que supervisaba todas las transacciones. En casi todas partes gozaban de gran consideración comercial las pieles y las plumas de vivos colores, así como las herramientas y utensilios de cobre, y todo tipo de ornamentos. En el Oeste, la cecina de salmón, el aceite de pescado y las cestas tejidas con fibras vegetales constituían mercancías muy apreciadas, mientras que en el Este se comerciaba más con pieles curtidas, cobre, perlas y conchas de mar. Con el tiempo se fueron estabilizando las grandes redes comerciales. Las conchas marinas del sur de California se vendían hasta el sudoeste de Colorado y el este de Texas. Los mojaves, que vivían a lo largo del río Colorado, en el Sudoeste, adquirían conchas y manufacturaban con ellas todo tipo de objetos, que vendían a los hopis de Arizona a cambio de productos textiles y cerámica. Los guacamayos de origen mexicano, muy apreciados por sus coloridas plumas, eran transportados vivos a Nuevo México y Arizona. Las tribus nómadas de las Grandes Llanuras comerciaban con carne seca, grasa, pieles curtidas, tipis, abrigos de piel de bisonte y vestidos de gamuza a cambio de maíz, judías, calabazas y tabaco de los pueblos sedentarios. Otro producto de gran aprecio en el mercado eran las mantas de los navajos.

En 1900, a pesar de todo, en Norteamérica se hablaban aún más de 300 lenguas, ninguna de ellas escrita. En algunas zonas, como el Ártico, solo se hablaba una, aunque con diferentes dialectos. En otras, sin embargo, como en California, había más diversidad

de lenguas que en toda Europa. Los habitantes de algunas regiones no solo hablaban su lengua nativa sino también las de los grupos con quienes mantenían contacto habitual. Algunas regiones poseían un idioma comercial, lengua simplificada o mezcla de varias de ellas, útil para los comerciantes. Entre ellas estaban la chinook de la costa del Pacífico y el mobilio del Sudeste. No obstante, el lenguaje más utilizado era el de señas, muy elaborado, sobre todo en la costa del golfo de México y en el extremo sur de las Grandes Llanuras. Por su parte, las señales de humo se empleaban sobre todo en la región del Mississippi y en la Meseta, donde la orografía permitía divisarlas hasta unos 80 kilómetros de distancia. En tal caso, el fuego se encendía en un lugar elevado y se conseguía humo denso al quemar hojas verdes y hierba húmeda.

Aunque no existía auténtico dinero en las sociedades nativas antes de la llegada de los europeos, algunos artículos eran utilizados como moneda de intercambio. Entre ellos, las conchas dentadas o dentalia de la Costa Noroeste, los discos de conchas de California o las pieles de castor en la región Subártica. A partir del siglo XVI, en el Nordeste, muchas tribus comenzaron a usar *wampums*, cuentas cilíndricas elaboradas con conchas marinas. Estos abalorios, al igual que pequeños retales tejidos con pictogramas, se solían ensartar en cuerdas, correas, bandas, pulseras, collares o, entre otras muchas posibilidades, cintas para el pelo. El valor del wampum se incrementaba proporcionalmente a la distancia geográfica con su lugar de origen. Además de este valor transaccional, tenían también otro ceremonial o testimonial, pues se entregaban para sellar acuerdos de todo tipo, queriendo manifestar así la sinceridad del compromiso, especialmente en los casos de tratados y acuerdos de paz. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, a consecuencia de su fabricación en serie, dejaron de utilizarse.

Las guerras entre tribus eran frecuentes y siempre una actividad muy ritualizada, a la que algunas tribus daban un énfasis especial, casi místico o religioso. Mientras la mayoría de los pueblos de la Gran Cuenca y el Ártico carecían de una organización política y militar volcada a la guerra, en las Llanuras, el Nordeste y el Sudeste, la guerra era una parte integral y fundamental de la cultura, por lo que no es extraño que de allí fueran los guerreros más fieros y temibles. Todos los conflictos eran guerras territoriales, de honor, pillaje o venganza, no obstante, aun en esas zonas de cultura belicosa, raramente involucraban a tribus enteras ni buscaban la destrucción del adversario. El valor y la bravura en combate eran los principios fundamentales de la cultura india y el combatiente valeroso tenía también un lugar importante en la tribu. En las Grandes Llanuras, la guerra era considerada una especie de deporte en el que los individuos podían conseguir los logros que fundarían su posterior prestigio en la vida diaria de su pueblo. Los guerreros más valerosos no eran aquellos que más enemigos mataban, sino que les solía servir con golpearlos y demostrar así su valor y su bravura, sin necesidad de llegar a matarlos. Cada golpe asestado al enemigo le ganaba el derecho al guerrero a incorporar una pluma más a su penacho. La batalla, como es obvio, también tenía muchos riesgos para los guerreros. Entre ellos, por supuesto, el de morir o resultar herido. Pero también no poder demostrar valor, lo que le acarrearía la pérdida de respeto en su tribu. Si moría o quedaba inútil, su familia quedaba desprotegida; pero si mostraba cobardía, le causaría un grave deshonor. Por otra parte, la muerte de demasiados guerreros suponía desprestigio y pérdida de seguidores para el jefe que les había conducido durante la batalla. La mayoría de los indígenas peleaban en pequeños grupos, cifrando su victoria en el efecto sorpresa. Otros pueblos realizaban incursiones para



Las guerras entre tribus eran frecuentes y siempre una actividad muy ritualizada, a la que algunos pueblos daban un énfasis especial, casi místico o religioso. En el grabado, un enfrentamiento entre guerreros pies negros y siux.

capturar prisioneros, que utilizaban o vendían como esclavos. Los jefes militares eran generalmente designados por elección, pero no intervenían en la vida cotidiana de los poblados. La paz se anunciaba mediante la pipa de la paz o *calumet*; la guerra, mediante el hacha de guerra. Pero nunca se firmaba documento alguno, pues la palabra de honor era suficiente.

Cada tribu tenía sus propios rituales de preparación a la guerra y casi todos ellos incluían algún rito de purificación. Las ceremonias que precedían a la batalla consistían en danzas de guerreros armados y, justo antes del ataque, en gritos de guerra que debían atemorizar al enemigo y cohesionar al grupo, mismo fin que perseguían las pinturas de guerra. A menudo incluían algún ayuno o la ingesta de algunos alimentos especiales, así como la abstinencia sexual. Las esposas de los guerreros también se solían tener que ajustar a un comportamiento pautado durante la ausencia de sus maridos. Entre los papago del sur de Arizona, por ejemplo, las esposas y las hijas de los guerreros evita-

ban reír o hablar en voz alta, en la creencia de que tal conducta pondría a sus hombres en peligro. También se creía que los guerreros volvían de la batalla tan llenos de poder que podrían hacer daño a su familia si antes de nada no se purificaban. Los que hubieran matado o arrancado una cabellera permanecían dieciséis días en aislamiento. Los navajos se sometían a una especie de exorcismo para expulsar a los fantasmas de los no navajos a los que habían dado muerte.

En general, los indios distinguían entre las incursiones y la guerra. El propósito de los asaltos esporádicos era, por lo común, el pillaje: una partida guerrera de cinco a quince hombres se adentraba en territorio enemigo con el objetivo de conseguir todo lo posible sin sufrir baja alguna. Por tanto, el sigilo y el efecto sorpresa eran esenciales; en consecuencia, no era raro que la partida se desplazara al abrigo de la noche y a la máxima velocidad que les fuera posible sin llamar la atención. Por su parte, la guerra exigía que todo hombre capaz de la tribu o la banda, o de las aliadas, participase. Primero se enviaba a exploradores para que localizaran y evaluaran las fuerzas del enemigo. Basándose en esa información, los guerreros intentaban rodear por completo su objetivo sin que el enemigo se diese cuenta de ello, para poderle atacar por sorpresa. Otra táctica habitual era poner un cebo al enemigo para que él mismo, al perseguirlo, se dejase rodear y pudiese ser atacado en situación de desventaja.

Antes de la colonización, la guerra se desarrollaba a pie o desde canoas, y los indios no disponían más que de armas rudimentarias: hachas y *tomahawks*, arcos y flechas, escudos, mazas, cuchillos... También usaban jabalinas y lanzas, aunque estas se solían reservar para los jefes y, algunas tribus, una especie de armadura hecha con madera y cuero, aunque normalmente llevaban ropa ligera y el pelo recogido en una especie de cola. Si bien el arco y las flechas eran su

principal arma, para el cuerpo a cuerpo preferían las mazas y los *tomahawks*, una especie de hacha ligera que los indios usaban con suma precisión. La introducción de armas de fuego y del caballo en la cultura guerrera india relegó pronto a aquellas armas a la categoría de instrumentos ceremoniales.

Acabado el combate, algunos prisioneros eran adoptados, pero otros eran torturados o golpeados a bastonazos hasta la muerte. En ciertas tribus, los guerreros se comían algunos órganos de los enemigos derrotados o se guardaban como trofeos sus cabelleras, dedos u órganos sexuales, como medio ritual y supersticioso de hacerse con su valor. La tortura era un rasgo muy distintivo de la guerra del Este de Norteamérica: atados a un poste o a una plataforma, los prisioneros eran torturados mediante mutilación, apuñalamiento o ensartándolos con flechas, pero también mediante fuego o desmembramiento vivo. A veces se les hacía correr entre dos filas paralelas de guerreros que les golpeaban con palos; si sobrevivían, puede que fueran dejados en libertad. Por lo común, las mujeres y niños capturados al enemigo eran tratados como esclavos hasta que se casaban o eran adoptados por la tribu. Los jóvenes cautivos podían ser tomados como esposos por una de las numerosas viudas que solía haber en toda tribu y finalmente aceptados por el resto de la tribu en igualdad de condiciones.

## CREENCIAS Y CULTURA INDIAS

Dada la gran aculturación de los indios actuales, a menudo es difícil aislar sus creencias originales. Pero, pese a haber sido cristianizados a partir del siglo xvii, han subsistido no pocos elementos de ellas, que eran muy ricas y variadas y aún es posible comprender su espiritualidad. En primer lugar, los indios sentían un gran respeto por la naturaleza. Eran animistas y hacían

ofrendas a la madre tierra. Los ritos y las ceremonias tenían que conciliarse con las fuerzas de la naturaleza, como la lluvia o el sol. En materia divina, aunque compartían una vaga idea genérica de un Dios Creador o “Gran Espíritu”, al que cada tribu daba su propio nombre (por ejemplo, los esquimales le llamaban Sila; los algonquinos, Manitou; los apaches, Wacondah, y los siux, Wanka), que dominaba a todos los hombres, cada pueblo tenía su propio punto de vista de la vida espiritual, que solía estar estrechamente ligado a su entorno. Por lo común, existían también dioses secundarios o “espíritus auxiliares” (por ejemplo, los espíritus del viento, del fuego, del trueno o de la caza). Casi todos los pueblos compartían también la creencia de que todas las cosas, incluso la tierra, tienen alma. En efecto, según la tradición india todo lo hecho por el Creador, ya sean cosas vivas o inanimadas, tiene su espíritu. En consecuencia, todo está unido y emparentado con lo sagrado. Para los indios norteamericanos, las fronteras entre el mundo real y el de los espíritus no estaban claramente definidas, pues les separaba un “tercer mundo” de transición. Por regla general, rehuían el contacto con ese mundo espiritual y solo contactaban con él en casos de necesidad, por lo común a través de los sueños y las visiones.

Los indígenas americanos creían que el alma de los difuntos viajaba a otra parte del Universo, donde disfrutaba de una existencia placentera mientras desarrollaba las actividades cotidianas. El alma de las personas desdichadas o perversas vagaba por los alrededores de sus antiguas viviendas, provocando desgracias. Los antepasados que habitan en el reino de los espíritus, habían dado su vida por los que ahora están vivos; por ese motivo, estos debían respetar a sus muertos y a sus parientes vivos, así como cuidarse mutuamente para poder sobrevivir. Este complejo sistema de respeto mutuo no solo se manifestaba en la vida cotidiana, sino

también en las prácticas religiosas y ceremoniales. Aunque había muchos mitos sobre el origen del mundo, el más común era el de una tortuga que extrajo barro de las profundidades; sobre ese barro sopló un coyote y lo modeló hasta darle la forma de la Tierra.

Las prácticas religiosas no eran monopolio de un clero propiamente dicho: el chamán o hechicero estaba a cargo de la lectura e interpretación de los signos sobrenaturales contenidos en los sueños y visiones, conseguidos gracias a los ayunos y la ingesta de drogas, principalmente peyote, pero el contacto de los fieles con sus dioses era, por lo común, directo. Los indios desconfiaban de los sacerdotes cristianos, raros personajes vestidos extrañamente de negro que hacían la promesa de vida eterna. Aunque el Dios cristiano era compatible con muchas creencias indias, no entendían cómo el cielo cristiano estaba tan lejos y era imposible internarse en él si no se moría, cosa que lo indios podían hacer más fácilmente a través de visiones y sueños. Las enseñanzas cristianas se basaban en un libro que los nativos no entendían y con imágenes muy lejanas para ellos. Tampoco entendían cómo era posible que la religión cristiana dijese muy poco sobre la naturaleza. Por todo ello no fue nunca fácil la convivencia. Al principio, los colonos obligaban a los indios a practicar la liturgia cristiana e, incluso, los indios de Nueva Inglaterra fueron perseguidos y matados por pescar o cazar los días de guardar, por utilizar medicina india o por casarse al margen de la Iglesia.

El chamanismo dominaba la religiosidad en las culturas del Ártico, el Subártico, la Meseta y la Gran Cuenca. En las Grandes Llanuras, en casi todo el Este y en buena parte del Sudoeste, los líderes religiosos eran a la vez sacerdotes y chamanes. También solían tener más formación religiosa y a menudo dirigían una serie de ceremonias más formales que las de los chamanes. En cuanto al Sudeste, era la única zona

cultural norteamericana con sacerdotes a tiempo completo. En algunas tribus, como la natchez, el dirigente supremo sumaba a su poder político el religioso. Para las creencias del nativo, la salud y la espiritualidad estaban íntimamente relacionadas. Los principales cometidos del chamán, que aquí también era hechicero u hombre-medicina, era diagnosticar y tratar las enfermedades y adivinar la localización de un enemigo, una fuente de alimento o un objeto perdido. Por lo general, entraba en trance para contactar con su guía espiritual personal en busca de sanación o adivinación. A partir de ese momento, sus actos, palabras o gestos eran automáticamente identificados con el espíritu.

Solo algunos pocos pueblos, como los natchez, erigían templos permanentes; casi todas las demás se limitaban a preparar un espacio sagrado o un altar donde hacían sus ofrendas. Estas, en forma de alguna sustancia u objeto precioso, las hacían casi todos los pueblos norteamericanos en agradecimiento por los grandes dones de la Tierra.

Los indios compartían también ritos comunes. Antes de las oraciones o de las grandes ceremonias (partida para la caza, la guerra, paso a la edad adulta...), los ritos de purificación utilizaban el tabaco y la salvia, aunque también los baños rituales. Muchas tribus compartían el uso ceremonial del tabaco, que fumaban en pipas de largos tubos (*calumets*), hechas de tierra cocida o piedra tallada y que desempeñaban un papel central en su vida, porque no había ceremonia pública o privada que no fuese solemnizada fumando todos los asistentes uno tras otro de la misma pipa. Hasta para sellar los tratados negociados con los blancos era indispensable la celebración de este rito, que tenía carácter de inviolabilidad. Para muchos indios, sobre todo los de las Grandes Praderas, la pipa ceremonial representa el centro del cosmos, la llave de los otros mundos y una conexión con el pasado y los

sagrados espíritus. El humo de la pipa transportaba plegarias y recuerdos a los antepasados.

La danza tenía igualmente un lugar preponderante en las grandes celebraciones, por ejemplo el *powwow*, un encuentro intertribal que incluía cantos, danzas, intercambio de regalos y homenajes y que, en última instancia, venía a significar una manifestación de cultura y solidaridad entre diferentes tribus. Su desfile de apertura solía estar encabezado por guerreros veteranos que portaban los símbolos de cada tribu y que pronunciaban una pequeña oración a sus dioses. Generalmente, les seguían unas danzas de guerra, de la hierba y del conejo, siempre bailadas en competición con las otras tribus y al ritmo que marcara el tambor, instrumento sagrado por excelencia. Dentro del *powwow*, otros momentos importantes eran el banquete (a base de carne de bison y venado, maíz y pan frito) y el intercambio de regalos, por el cual una persona o familia obsequiaba a otra cosas tan sencillas como utensilios de cocina o tan importantes como caballos. Comparable era el rito del *potlatch*, que consistía en un reparto ceremonial de bienes, característico de las tribus norteamericanas de la costa Noroeste, como los *kwakiutl* y los *nutka*, en el que una persona que ocupaba un cargo de prestigio ofrecía determinados obsequios a sus rivales, a menudo con ocasión de una boda o una defunción en su familia. El ritual se iniciaba con el baile, el banquete (a base de carne de foca o salmón) y las alocuciones. El anfitrión repartía entonces los obsequios, por lo general en forma de mantas de pieles o corteza de cedro batida y tejida, y después procedía a demostrar ante sus huéspedes su superioridad económica y social. Para los *kwakiutl*, el obsequio más valioso eran los cobres, que equivalían a varias mantas. A mayor cantidad repartida de mantas y cobres, mayor prestigio y poder. El poseedor de un cargo que despreciaba a sus rivales rompiendo un

cobre o lanzándolo al mar, conseguía un prestigio máximo. Los invitados obsequiados estaban obligados a celebrar más adelante una fiesta análoga y ofrecer estos mismos bienes, pero multiplicados, si querían demostrar su superioridad.

Los indios celebraban muchas ceremonias, tanto públicas como privadas. Muchas de ellas se dedicaban a los sucesivos tránsitos entre los diferentes estadios de la vida humana: nacimiento, mayoría de edad de las niñas, estatus de guerrero de los chicos, muerte de un ser querido... Además, había otras muchas dirigidas al bienestar de la comunidad, que se celebraban una vez al año para agradecer los bienes y mantener el mundo en su benéfico equilibrio. A este tipo pertenecían las ceremonias de inicio del nuevo año o del ciclo de estaciones, la danza de la serpiente de los hopis (para convocar las lluvias del verano) o las kachinas o espíritus benignos de esta misma tribu y de todos los indios pueblo. En los navajos se recurría a las efímeras pinturas de arena.

La danza del sol tenía por finalidad la veneración al astro diurno durante el solsticio de verano y se acompañaba de mutilaciones corporales voluntarias con el doble objetivo de demostrar el valor personal y de entrar en trance. En algunas tribus se reservaba como rito de pubertad, de iniciación o, incluso, de renovación por medio del dolor y consistía en que el aspirante a guerrero era colgado de un árbol o de un techo por medio de huesos puntiagudos y cortantes hundidos en su piel, especialmente en el pecho y en la espalda, a los que se ataban cuerdas. Por regla general había que soportar esta agonía durante la interpretación de 24 canciones, lo que duraba varias horas. Se consideraba que la danza había obtenido éxito si el guerrero tenía una visión espiritual.

En el terreno artístico, hay que decir que casi todas las técnicas artísticas conocidas en el resto del

## Breve historia de los indios norteamericanos



Los pueblos de la Costa del Pacífico desarrollaron un estilo diferenciado de talla en madera, que variaba de una tribu a otra; los ejemplos más conocidos de ello son los tótems, troncos tallados y decorados con representaciones de los antepasados más notables de un clan o de la mitología, como el de la tribu haida de la foto.

mundo durante el siglo XVI resultaban familiares para los indígenas americanos antes de la llegada de los europeos, aunque no siempre se aplicaran de la misma forma. El arte más antiguo conocido por los arqueólogos es el trabajo de sílex o lascas de piedra. La cerámica más antigua del continente data, aproximadamente, del año 3500 aC. Hacia el 2000 aC ya habían aflorado varios estilos y en los objetos de los siglos posteriores se pueden diferenciar las piezas de uso de las ornamentales. Desde que surgiera hacia el 8000 aC o incluso antes, la cestería no cesó de evolucionar, alcanzando niveles muy altos. Las técnicas de decoración incluían el bordado y la aplicación de plumas vistosas, conchas de mar y abalorios. En toda Norteamérica se practicaba algún tipo de tejido. Al principio consistía casi siempre en un sencillo trenzado, que servía para confeccionar bolsas, cinturones y otros artículos. Casi tan difundido era el uso de telares de correa y cintura. En la parte alta del Medio Oeste, hacia el 2000 aC, se batía el cobre para confeccionar cuchillos, punzones y otros utensilios y adornos. Sin embargo, eso no constituía una auténtica metalurgia, ya que el metal procedía de yacimientos puros en vez de la fundición. Nunca llegó a fundirse el hierro, y el bronce se empezó a utilizar poco después del año 1000. El trabajo al que se dedicaba mayor atención era a los metales preciosos: el oro y la plata. Entre los pueblos cazadores, las pieles se utilizaron para confeccionar vestidos, viviendas, escudos y recipientes. La talla en madera era una actividad muy difundida entre algunos grupos indígenas. Los pueblos de la costa del Pacífico desarrollaron un estilo diferenciado de talla en madera, que variaba de una tribu a otra; los ejemplos más conocidos de ello son los tótems, troncos tallados y decorados con representaciones de los antepasados más notables de un clan o con figuras mitológicas. Algunos pueblos del Sudoeste esparcían polen, carbón pulverizado, arenisca y otras